

# EL BOTE FUGITIVO

Por *Daisy Chapman*

LEE CUNNINGHAM, sus padres y hermanos menores, Guillermo y Bruce, estaban en viaje al congreso. Iban por el camino que corría al lado de la costa, y Lee observaba los botecitos de pescadores que se columpiaban sobre las olas del gran océano. A Lee le gustaban los botes. Cuando su padre era pescador, Lee a menudo lo había acompañado en el bote; pero ahora su padre era un colportor y se dedicaba a pescar almas, como Jesús ordenó a sus discípulos que hicieran hace muchos años en las playas del mar de Galilea.



Finalmente el Sr. Cunningham entró en el campamento, que estaba situado en un hermoso bosque. Los árboles eran rectos y altos, y bordeaban la cinta arenosa que formaba la playa.

Antes de que comenzara el congreso, tendrían toda una semana para explorar, nadar y jugar en la playa, porque habían llegado una semana antes para ayudar. Lee también encontró muchas formas de ayudar. Estaba siempre dispuesto a hacer lo que podía. En las mañanas, tanto él como los niños de las otras familias que habían venido, estaban muy ocupados haciendo diversos trabajos, pero en las tardes todos se tomaban un momento para ir a la playa a nadar y jugar.

-Vengan, Guillermo y Bruce -los llamó Lee una tarde, y echó a correr con su traje de baño puesto y una toalla sobre los hombros-. Les juego una carrera hasta la playa.

Guillermo y Bruce lo siguieron con sus piernas cortas tan rápido como pudieron. Lee aminoró la marcha para que sus hermanitos pudieran ganar. Quería esperar a su amigo Jerónimo. Lo vio a la distancia con el traje de baño puesto y lo llamó para que se apresurara.

-Juguemos en el bote de la asociación -gritó Guillermo cuando llegó a la orilla y encontró el bote de remos atado al muelle. Guillermo trepó al bote y le ayudó a Bruce a subir por el costado.

Lee y Jerónimo se acercaron lentamente al bote y subieron.

-Muy bien, Jerónimo y yo seremos el capitán y el primer piloto. Uds. serán la tripulación.

-¡Soltar anclas! -se rió Jerónimo simulando soltar el anda y tocar un silbato.

- ¡Salimos! -gritó Guillermo, que tenía seis años, y Bruce aplaudió.

-¡Un momento! -exclamó Lee-. ¡Salimos! -volvió a exclamar, mientras Jerónimo tropezó y Lee perdía el equilibrio y se tomaba de los lados del bote.

Una ráfaga de viento que iba mar adentro empujó el bote, y lo metió en la corriente. Lee vio cuando el extremo de la cuerda se solió del muelle y cayó al agua. En unos instantes el bote se había alejado de la orilla. Lee se puso de pie con las piernas abiertas para mantener el equilibrio, pero la violencia de la corriente lo hizo caer de nuevo. Bruce comenzó a llorar en tanto que Guillermo y Jerónimo pedían ayuda.

- ¡Socorro! ¡Socorro! -gritaban tan fuerte como podían, ahuecando las manos junto a la boca, mientras el bote se alejaba más y más de la caleta hacia el mar abierto. El viento arrastraba sus voces hacia el mar.

-Nos ahogaremos -gimió Guillermo.

-Deja de hablar de esa manera, Guillermo -lo reprendió Lee-. Mira hacia la orilla. Hay mucha gente que ha venido al muelle. ¡Escuchen! Aunque ellos no nos puedan oír a nosotros, nosotros podemos oírlos a ellos.

-Hagan... girar... el bote -vino una voz de la orilla.

Lee tomó los remos que estaban en el fondo del bote y trató de ponerlos en las chumaceras para hacer girar el bote, pero no le alcanzaron las fuerzas.

-Jerónimo, tú eres un buen nadador. Toma el salvavidas y nada hacia la orilla -le ordenó Lee ayudándole a ponerse el salvavidas y a bajar del bote.

Jerónimo salió rumbo a la orilla mientras el bote pasaba de largo el promontorio y salía al mar abierto. Los demás chicos sollozaban, y Lee hizo todo lo que pudo para mantenerse calmo y consolar a Guillermo y a Bruce.

Varios de los hombres que miraban desde la orilla comenzaron a nadar hacia el bote fugitivo. El padre de Lee se encontró con Jerónimo y le ayudó a llegar a la orilla. Los hombres trataron de alcanzar el bote, pero todos tuvieron que regresar. Los que estaban en la orilla sabían que eran impotentes. Se elevaron fervientes oraciones para recibir ayuda.

-Consigamos otro bote -sugirió alguien.

Rápidamente, dos hombres corrieron a un teléfono cercano y llamaron a un agricultor que vivía a pocos kilómetros, y que tenía una lanchita a motor. Aquel prometió que la traería inmediatamente.

A los que estaban en la orilla, el tiempo que demoró el hombre en llegar con la lancha y un ayudante les pareció horas. Estos salieron inmediatamente al mar para hallar el bote de la asociación y a los niños.

Cuando los hombres de la lanchita alcanzaron a ver el bote a remos, vieron solamente a Lee y a Guillermo, Bruce estaba acostado en el fondo del bote, como Lee le había ordenado que lo hiciera. Bruce tenía el cuerpo cubierto con la toalla de Lee, y estaba tiritando.

- ¡Hola! -llamaron los hombres.

-¡Estamos aquí! ¡Vengan a buscarnos! -contestaron Lee y Guillermo. El pequeño Bruce estaba demasiado asustado como para hablar o ponerse de pie.

La lanchita se acercó, y los tres muchachos que estaban tiritando, fueron pasados a ella y abrigados con frazadas. Se ató el bote a la lanchita en un esfuerzo por arrastrarlo hasta la orilla, pero la corriente era demasiado fuerte para el motorcito de la lancha, de manera que se soltó la cuerda para que el bote se perdiera en el mar.

Cuando la lanchita llegó a la orilla con los tres muchachitos sanos y salvos, se oyeron exclamaciones y vítores.

-Fuiste un marinero valiente, muchacho -dijo uno de los que había ido para rescatarlos cuando ayudó a Lee a bajar del bote-. La tarea de impedir que estos muchachitos cayeran presa del pánico, no fue fácil.

-Bueno, no hice mucho -respondió Lee-. Yo mismo me sentía bastante asustado, pero sabía que Dios podía protegernos de todo peligro.

Y volviéndose hacia sus padres, dijo:

-Estoy seguro de que esta tarde los ángeles guardianes estaban en su puesto.